

Todo allí es seductor, todo allí es grata,
 Todo embobador, ataca, deslumbrar, embriagar,
 Cien pais, lenguas, hábitos, tratos,
 Hasta el mismo desorden que lo estraga,
 Todo es característico a minutos, solo en los
 No hay allí mal que nos parezca plagas,
 Inferno que fue Eder, aun en su suelo,
 Hay no sé qué del primitivo cielo.

Tal fue Méjico ayer, tal es en suma hoy,
 Hoy: mezcla de contrarios elementos,
 Con sangre de Cortés y Moctezuma,
 Y con odio a los dos: rico en talentos,
 Canto, sagax... y vario como espuma,
 Del mar que agitar sobre el mar los vientos,
 Y a la nación del mundo americano,
 Fue engañado a morir Maximiliano.

MAXIMILIANO
 LIBRO SEGUNDO.



MAXIMILIANO.

I.

Tibio, rosado, diáfano, sereno,
Daba su limpia luz á una mañana
Un sol primaveral. De vida lleno,
Méjico respiraba el áura sana
Que le traía en su ondulante seno
El aroma vital de la cercana
Sierra cedrosa, y los perfumes vagos
Del agua azul de los salobres lagos.

II.

Y esta áura en sus balsámicos vapores
Á la risueña capital traía
Vago són de campanas y tambores,
Que brotaba confuso en lejanía.
La ciudad exhalaba mil rumores
Que acusaban de insólita alegría,
Con su alegre susurro y movimiento,
De placer un incógnito elemento.

III.

No hay mirador, ni torre, ni azotéa
Sin pendon, banderola ó gallardete:
Ni minuto en que alzarse no se vea
Á estallar en los aires algun cohete;
Mál parece la esquina en que no huméa
Exhalando su aroma algun pebete:
Lazos, cifras, divisas, pabellones,
Y guirnaldas en rejas y balcones.

IV.

Dó quier se tienda la curiosa vista,
Halla de la ciudad vestido el casco
De terciopelo, brocatel, batista,
Raso, blonda, moiré, tul y damasco.
Canastillo adornado por florista,
Ó de ámbar chino cincelado frasco
Á una novia ofrecidos por su amante,
Méjico se parece en tál instante.

V.

Entápiza sus calles fina arena;
Mástiles, pilarillos y jarrones
Sostienen de jazmin, rosas, vervena
Y enredaderas ondas y festones;
Su bulliciosa poblacion, agena
De afan, por puertas, pórticos, balcones,
Puentes, pretiles, muestra la galana
Méjico, la Venecia americana.

VI.

Cruza allá una simbólica carroza
Que alegoría del país encierra,
En torno de la cual piafa y retoza
Cuadrilla de ginetes de la tierra.
Allá el camino artificial destroza
Tren militar con séquito de guerra;
Y allá atraviesa un victor de muchachos
Cargado de infantiles mamarrachos.

VII.

Indias allá que *trotan* divididas
De su cuadrilla de indios forastera;
Besos, encargos, señas, despedidas
De balcon á balcon, de acera á acera
De familias *fuereñas*, que perdidas
Van un puesto á buscar en la carrera:
Á la cual su torpeza ya en retraso
Busca afanosa sin hallarle paso.

VIII.

Acota esta carrera una muralla
De marciales trofeos y paveses:
Cubiertos como en día de batalla
De sus armas y bélicos arneses,
Desde el campo al palacio forman valla
Zuavos, dragones y húsares franceses:
Brillando en sus enseñas y pendones
La N. de los audaces Napoleones.

IX.

Mostrando entre sus filas van ufanos
Al francés, que le admira y le desdeña,
Su traje nacional los mejicanos,
Sin dar la faz á la francesa enseña:
Sinó enviando galanes besamanos
Á sus mujeres, cuya faz risueña
Asuma alegre entre aderezos ricos
A través de sus blondas y abanicos.

X.

Todo es el aire señas que se cruzan,
Abanicos y guantes que al acaso
Caen: flores que albas manos desmenuzan,
Lentes, pedazos de batista y raso,
Que acaso el paso y el deseo azuzan
De alguno que al pasar los coje al paso:
Consecuencias del sér, culpas eternas
De las fiestas antiguas y modernas.

XI.

Son el compendio de la humana vida:
Dó quier que el mundo de placer ó duelo
Á espectáculo alguno nos convida,
Cubre dó quier la multitud el suelo.
Uno del espectáculo se cuida,
Y mientras *mil*, de goces con ahelo,
En buscar el placer su ingenio agotan,
Pasa *otro* á quien coronan ó acogotan.

XII.

Esto es todo. ¿Á qué vamos al paseo
Al teatro, á visitas á la calle?
Á ser vistos y á ver. Es gran recreo
Ver y hallar agradable algun detalle;
Y el agrado es el padre del deseo,
Y la tierra es de llanto y gustos valle,
Y.... ¡oh inútil reflexion! ¡oh moral vana!....
Jamás podréis con la flaqueza humana!

XIII.

Grande es la fiesta de hoy, y al par la sola
Que Méjico registra en sus anales
Desde que fué cristiana y española.
Por la primera vez sus naturales
Van al príncipe á ver por quien tremola
La naci6n sus banderas nacionales:
Hoy vá de Europa al pueblo mejicano,
Como un iris de paz un Soberano.

XIV.

Todo es oro y primor en la carrera:
Allá, tipo genuino, va el *ranchero*
Que de botones mil la calzonera
Carga, y orla de aljófara el sombrero,
Y prende con diamantes la chorrera,
El zarape en los hombros, el esmero
Ostentando y el lujo mejicano,
Par con el andaluz y el africano.

XV.

La china (que se pierde, mas que aún dura)
Mezcla de la manola y la gitana,
Marchando con gentil desenvoltura
Sobre unos pies de perfeccion enana,
Su equívoco pudor y su hermosura
Mál envolviendo entre cendal y grana,
Ostenta, (en desnudez piernas y brazos,)
De americana piel rojos pedazos.

XVI.

El grave inglés en Londres tintorero
Y gefe allí de lucrativa empresa;
El alemán en Nuremberg cubero
Rico aquí con juguetes de sorpresa;
Él ayer en Pachuca barretero
Y hoy señor de la barra de oro-pesa,
Y el montero que debe á sus barajas
Ser rifa andando y anaquel de alhajas:

XVII.

Y el general bordado hasta las cejas;
Y el guerrillero gefe de cuerudos,
Que corta á los contrarios las orejas
Y á los de su faccion deja desnudos;
Las de damas equívocas parejas,
Las de Yánkees groseros y zancudos,
El que á hacer va un millon con una tienda,
Y el que debe otro ya sobre su hacienda:

XVIII.

Y el cura, que hizo más de una campaña,
Y el héroe que cien veces se ha escondido,
Y el banquero, que lo es por su hábil maña
En contrabando audaz jamás cogido,
Y el libelista, que de vil patraña
Sobre el ageno honor sacó partido,.....
Cuanto compone allí raza ó raléa,
En la carrera bulle y se codéa.

XIX.

En tal clima no ardiente y siempre fresco,
Que abrigo al par y desnudez permite,
Dó al indio rojo el pálido tudesco,
Si interés media, á sociedad admite,
El público se vé más pintoresco,
Cuando en su cuadro original compite
De aquel pueblo tan gárrulo y bizarro
El lujo señoril y el gusto charro.

XX.

Los más de nuestros pueblos europeos
En fiesta ó reunion pública juntos,
Con nuestros negros lóbregos arreos
Que hacen ser á sus hombres negros puntos,
Parecen por las calles y paseos
Triste acompañamiento de difuntos:
Los pueblos de la América, al contrario,
Presentan un conjunto alegre y vario.

XXI.

Los azules y rojos zagalejos,
Los verdes y amarillos ceñidores,
Los alamares mül y rapacejos,
Los zarapes de múltiples colores,
Hacen, mirado en Méjico de lejos,
Al pueblo parecer campo de flores,
Que el ojo al par y el corazon recrea
Cual vista de jardin que el aire orea.

XXII.

Y he aquí que en sus calles á esta hora
Todo cuanto hay en Méjico de bello,
Cuanto en él choca, admira y enamora,
Cuanto á su aspecto popular el sello
Contribuye á poner, la acusadora
Marca, el característico destello
Que da á un pueblo á juzgar por su conjunto,
Junto se encuentra y de juzgarse á punto.

XXIII.

Tras medio siglo de discordia y duelo,
Presas de la ambicion y la venganza,
Le parece por fin que va en su cielo
Á amanecer el sol de la esperanza;
Y hoy comienza á esperar para su suelo
Nueva era de paz y bienandanza,
Plantando ante el dosel de un Soberano
El jardin de un imperio mejicano.

XXIV.

La águila liberal republicana
De la francesa al litoral huia:
Por la primera vez Méjico ufana
Ver claro el sol del porvenir creía:
Y acaso ya la pompa cortesana
Le alhaga de la fiesta de aquel dia;
Pues monárquica ayer, tal vez simpática
Vé su futura vida aristocrática.

XXV.

Mas ¡ay! olvida su moderna historia:
De un anterior imperio se nos cuenta
La rápida y fatídica memoria
En una brebe página sangrienta:
Méjico espera del imperio gloria
Y en tån dulce esperanza se apacenta:
Mas ¿quiénsabese Dios le abre en su imperio
En lugar de un jardin un cementerio?

XXVI.

La que del sol de la esperanza brota
Es una luz rosada, que ilumina
Con rayos de oro la region remota
Donde risueña la ilusion domina:
Mas su orizonte azul en playa ignota
De mar tempestuosísimo termina;
En cuya playa estéril llora uraño,
Solitario y desnudo el desengaño.

XXVII.

¡Quién sabe si la raza mejicana
Que á su segundo emperador espera,
Su segunda corona vá mañana
En la sangre á arrojar con la primera!
Mas retumba el cañon: yá la campana
La comitiva anuncia, y la carrera
Despejan por las filas circulando
Señales de atencion, voces de mando.

XXVIII.

Ya está libre la via: ya el ambiente
Bibra al són de las trompas y atabales:
Ya vé avanzar la mejicana gente
Sus tropas y banderas nacionales,
Donde brillan con luz de sol naciente
La corona y las armas imperiales:
Y en cien carrozas de esplendente lujo
Cuanto mantiene autoridad é influjo.

XXIX.

Clero, ciudad, consejos, regidores,
Las damas de palacio, la grandeza,
Chambelanes, regencia, embajadores,
Ciencia, magistratura, armas, nobleza;
Placas, bordados, plumas, blondas, flores,
La corte, en fin, con su imperial riqueza,
Como un enjambre de áureas mariposas,
Avanza entre una lluvia de oro y rosas.

XXX.

Luego en grupo fantástico que ondéa,
La imperial comitiva, que camina
Con grave lentitud: en él campéa
De la brillante guardia palatina
El uniforme rojo y la librea
Roja imperial; cuyo color domina
De aquel dorado grupo entre las olas,
Como entre rubia miés las amapolas.

XXXI.

Y.... ¡qué delirios la aprension inventa!
El *rojo* que, apagando los colores
Todos, al avanzar rojos ostenta
Pajes, guardias, aurigas, picadores....
De su manto imperial cáuda sangrienta
Parece trás los dos Emperadores.
¡Color siniestro, cuyos visos rojos
Vértigo dan al alma y á los ojos!

XXXII.

Ellos son: la apiñada muchedumbre
Se aglomera, y á verles se prepara,
De ver á sus monarcas sin costumbre
Y espectáculo tál de ver avara.
Ya avanza entre su roja servidumbre
La carroza imperial; ya cara á cara
Mira el pueblo á sus nobles soberanos,
Y.... olvida por mirar lenguas y manos.

XXXIII.

Ellos son: la simpática Carlota,
De alto decoro y dignidad modelo:
Sencillez en alcázares ignota
Dá á su faz juvenil púdico velo:
Grave, serena, perspicaz, lo nota
Todo, y mira de frente, sin recelo
De parecer, fijándose, altanera;
Que no tiene doblez su alma sincera.

XXXIV.

Su cabeza gentil se gallardea
En sus hombros con gracia soberana:
Su frente nobilísima rodea
Con la imperial diadema mejicana:
En sus brillantes diáfanos campea
El águila que fué republicana;
Y al pueblo absorto al saludar Carlota,
Luz, como un astro, de su frente brota.

XXXV.

Blanco como los copos de la nieve
Que de Alemania cubre las montañas,
Rubio, que dar al sol envidia debe;
Y tán rico de barba y de pestañas
Que, cuando al saludar su busto mueve,
De su barba partida las marañas
Riquísimas circundan su semblante
De áurea luz con ráfaga ondulante;

XXXVI.

Cortés, sencillo, natural, sereno
Maximiliano avanza. Su figura
Noble y característica, en el pleno
Periodo juvenil, más que hermosura
Rebosa estilo y dignidad: ageno
De altivez imperial, su fé segura
Revela en el cortés Maximiliano
Más el hombre leal que el Soberano.

XXXVII.

Tradicion de la gente primitiva
Del idólatra Anáhuac moradora,
Fué que, hija del sol, á venir iba
Raza rubia á ser de él conquistadora;
Y vé el indio tal vez, tradicion viva,
Llegar al rubio emperador ahora:
Y si no hijo del sol, del sol hermano
Le parece tal vez Maximiliano.

XXXVIII.

Sus ojos, de un azul más transparente
Que el del cielo de Méjico, se posan
Sobre la multitud tán francamente,
Que si ojos háy que provocarles osan,
Sondan bién la honradez benevolente,
La fé y la lealtad en que rebosan:
Los ojos del leal Maximiliano
Tienen la calma del valor cristiano.

XXXIX.

Rica de juventud y de hermosura,
Modelo de elegancia cortesana,
Iris augurador de paz futura,
Avanza la pareja soberana
Con benévola faz é intencion pura
Entre la absorta turba mejicana;
Y recorrido ya el mayor espacio
De la carrera, avistan el palacio.

XL.

La milicia les rinde los honores
Que su alto rango y dignidad reclaman:
Polvo de oro y esencias entre flores
Sobre ellos al pasar francas derraman
Las damas mejicanas, en primores
Táles sin par; pero ¿por qué no aclaman
Las turbas espesísimas sus nombres,
Ni lanzan vivas en su honor los hombres?

XLI.

¿Porqué un grito espontáneo no levanta
Méjico ante el cortés Maximiliano?
Al ver tál juventud y gracia tanta
¿Qué es lo que dice el pueblo mejicano?
«Que entra con mala sombra y mala planta:
«Porque pone á su sólio el soberano
«Bayonetas francesas por alfombra
«Y del pendon francés bajo la sombra.»

XLII.

Los pueblos tienen siempre más instinto
Que las sesudas testas diplomáticas.
Á estas las llevan siempre á un laberinto
Sus elucubraciones sistemáticas;
Los pueblos ven su mal claro y distinto
Y hacen sobre él buen juicio y buenas pláticas:
Lo que en el sόlio Méjico vé malo
Es el favor del inconstante Galo.

XLIII.

El pueblo es ignorante: nunca estiende
Sobre el papel discursos eruditos:
Mas por instinto su interés comprende,
Porque su instinto se lo dice á gritos:
Ni le alucina nunca quien le vende
Aunque le haga discursos muy bonitos:
Dijo la intervencion: «Paz, abundancia,
Imperio y ley» y el pueblo dijo: «¡Francia!»

XLIV.

Méjico es hijo nuestro. Carlos quinto
Su primer rey con Francia se batía
Al poblar de españoles su recinto:
Al renegar de España nos veía
Con ella en guerra, y heredó ese instinto
Contra Francia en la sangre que hasta el día
Tiene nuestra; y la tiene, aunque le ciegue
Su ódio é ingratitud y la reniegue.

XLV.

Mas ¿La sombra de Francia es tan odiosa
Que torne descortés á un pueblo entero
Con una dama tآن gentil y hermosa
Y un príncipe leal y caballero?
¿No queda de hoy en su carácter cosa
De su carácter español primero?
Republicano ó no ¿puede á un saludo
Méjico liberal quedarse mudo?

XLVI.

No: quedan, aunque ayer republicanas,
Raza de las hidalgas españolas,
Mil generosas damas mejicanas
Que, corazon y fé guardando solas,
Arrojan por balcones y ventanas
De oro y esencias y de flores olas:
Enviando con la ofrenda de sus manos
Sus almas á los nobles soberanos.

XLVII.

La muger siempre es noble y generosa
En toda edad y pueblo: por instinto,
Es imparcial y justa: no la acosa
La política vil con su inextinto
Rencor: la Mejicana cariñosa
Recibió al sucesor de Cárlos quinto,
Porque su instinto femenil sentía
Por la pareja mártir simpatía.

XLVIII.

¡Sexo noble y leal, Dios te bendiga!
Dios por tu instinto fraternal te abone
Cuando el ruin ódio que tu pueblo abriga
Contra la Europa tras la lid se encone:
Tu que tiendes no más tu mano amiga
Al que ahí Dios en el tormento pone,
¡Que Dios te tienda su paterna mano
Entre el pueblo al fallar y el soberano!

XLIX.

Fué una ovacion al fin: frente el palacio
Al llegar, de ambas calles de plateros
Las damas anublaron el espacio
Canastillos por él lanzando enteros
Sobre el silencio descortés, reacio
Y ofensivo á tan nobles extranjeros:
Una voz delicada y femenina
Hizo al pueblo estallar como una mina.

L.

«¡Viva el Emperador!» A par veloces
Son la electricidad y el entusiasmo:
Evocó aquella voz todas las voces
É hizo al pueblo salir de su marasmo:
Y aun los republicanos más feroces
Arrastrados sintiéndose con pasmo,
Rompiéron, á su franca iniciativa
En un inmenso y estruendoso viva.

LI.

Como abriendo sus flancos de repente
Lanza un nublado en el barranco seco
Abierto entre dos montes un torrente,
En el ámbito azul del aire hueco
Lanzó aquel viva unánime, estridente,
Un torrente de ruido: á cuyo éco
Ondeó sobre la plaza y el palacio
La trama de la luz en el espacio.

LII.

Roto una vez su dique, el agua, el ruido
Y el entusiasmo al fin se precipitan,
Y son inundacion, trueno, estallido,
Frenesí, que arrebatan y que agitan
Cuanto al precipitarse han recogido:
Y así en Méjico estallan, crujen, gritan
Y repican frenéticas y locas,
Salvas, campanas, músicas y bocas.

LIII.

Entraron en su alcázar entre flores
Y entre esta, aunque tardía, gigantea
Aclamacion los dos Emperadores.
El sangriento color de su librea
Fué el último, de todos los colores,
Que vió la multitud que victorea:
Y el séquito imperial dejó en mis ojos
Del siniestro color los visos rojos.

LIV.

Porque yo estaba allí; yo conocia
La raza y el país; yo era extranjero
En él y huesped: mas nacido habia
Hidalgo y español, y soy sincero,
Sentí por ellos honda simpatía:
Y ella tán noble y él tán caballero.....
Me parecieron pájaros sin nido,
Que, por darse á volar, le habian perdido.

LV.

¿Porqué tienden á América su vuelo
Esta garza réal de blanca pluma
Y este noble condor de ojos de cielo?
¿Qué es lo que esperan encontrar en suma
De la ya libre América en el suelo,
Si en la tierra infeliz de Moctezuma
No han dejado los vicios de los hombres
Sinó males no más con buenos nombres?

LVI.

Vuelve á tu limpia Belgica, Carlota:
Torna á tu Miramar, Maximiliano.
Llanto y sangre no más es lo que brota
Y espinas de oro el suelo mejicano.
De Austria y de Moctezuma os dá ya rota
La corona imperial traidora mano.
¡Ay del que por malicia ó ignorancia
Os tráe aquí bajo el pendon de Francia!